

TRACY SAUNDERS



El Báculo de Santiago

*La historia de Diego Gelmírez,
el auténtico impulsor
de la catedral de Santiago
como refugio de fieles peregrinos*

A través de las regresiones que sufre con cierta frecuencia, Laura —una joven investigadora de la Galicia feudal— descubre la verdadera vida del impulsor de la construcción de la catedral de Santiago de Compostela, Diego Gelmírez. Su marido Felix no acaba de comprender que se sienta tan involucrada en estos acontecimientos del pasado remoto, y piensa que Laura está siendo manipulada y timada por un hipnotizador. Además de afrontar su fracaso matrimonial, ella tendrá que permanecer alerta ante las envidias de los colegas de la universidad, como su director de tesis, el doctor Callaghan, que no ha dejado en ningún momento de boicotear su investigación.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[El Báculo de Santiago](#)

[El Báculo de Santiago](#)

[Nota del editor](#)

[Personajes](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Tercera parte](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca de El Báculo de Santiago](#)

[Sobre la autora](#)

[Notas](#)

Para mi nieta Daniela, que colma de alegría este
corazón más de lo que éste llegó a imaginar
jamás.

TRACY SAUNDERS

El Báculo de Santiago

Nota del editor

Esta es una obra de ficción. Aunque en ella se hace referencia a la ciudad de Santiago de Compostela, así como a personas y lugares concretos y muy conocidos del Camino de Santiago, todos los demás personajes, nombres, episodios, organizaciones y diálogos que aparecen en la parte contemporánea de esta novela son producto de la imaginación de la autora o bien se utilizan con carácter ficticio.

El libro combina material detallado de investigación con las opiniones subjetivas de la autora, que están abiertas a debate. No hay ninguna voluntad de ofender a nadie, vivo ni muerto. Las referencias a hechos reales pueden incluir u ofrecer la interpretación de la autora, basada en sus investigaciones y estudios.

Personajes

(Por orden de aparición):

Prisciliano de Ávila: Obispo mártir, ejecutado por romanos cristianos en el año 385 d.C.; venerado por muchos a lo largo de la historia como ocupante del sepulcro de la catedral de Santiago de Compostela.

Abad Pedro: Protector del santuario de Compostela.

Al-Mansur/Almanzor: Saqueador de Compostela en el año 997 d.C.

Pedro el Torcido: Sobrino de Diego Gelmírez y pupilo de Gelmirio.

Diego Gelmírez: Arzobispo de la catedral de Compostela.

Munio, Gudesindo, Pedro y Juan: Hermanos de Diego Gelmírez.

Teresa: Hermana de Diego Gelmírez (personaje ficticio).

Vermudo: Su marido, pariente de Pedro Froilaz.

Diego Peláez: Obispo de la catedral de Compostela.

Rodrigo Ovéquiz: Conde y cabecilla de la rebelión contra Alfonso VI.

Pedro Froilaz: Conde de Galicia y amigo/enemigo de Diego Gelmírez.

Luparia: Hija de Teresa (personaje ficticio).

Raimundo de Borgoña: Duque y consorte de la reina doña Urraca.

Enrique de Borgoña: Conde y consorte de Teresa de Portugal, hermanastra de doña Urraca.

Hugo: Canónigo de la catedral y más tarde obispo de Braga; uno de los autores de la *Historia Compostelana* junto con Giraldo y, probablemente, Rainiero de Pistoia.

Giraldo: Obispo de Braga, más tarde canonizado.

Doña Urraca: Única descendiente legítima del rey Alfonso VI, reina de León, Castilla y Galicia.

Alfonso Raimúndez: Hijo de doña Urraca y de Raimundo de Borgoña, rey de Galicia y más tarde emperador Alfonso VII.

Dalmacio Geret: Monje cluniacense.

Hugo: Abad del monasterio de Cluny.

Infante Sancho: Hijo ilegítimo y heredero del rey Alfonso habido de su amante, Zaida.

Pedro: Abad del monasterio de San Paio de Antealtares.

Conde Gómez y conde Pedro González de Lara: Protectores y amantes de la reina doña Urraca.

Alfonso I el Batallador: Rey de Aragón y Navarra, marido de doña Urraca.

Arias Pérez: Señor de Deza, cabecilla de la *Hermanidad* de Compostela.

Arias Núñez: Archidiácono y cabecilla de la rebelión de 1117 contra Diego Gelmírez.

Berenguer de Salamanca y Pedro Helías, canónigo de Compostela: Posteriores arzobispos de Compostela. Berenguer no llegó a consagrado.

Los personajes de la parte contemporánea de esta historia son entes de ficción y se presentarán a sí mismos, cada uno a su modo único y personal.

Prólogo

La primera

- **A** partir de este momento no oírán nada fuera de usted, salvo el sonido de mi voz.

Lo oigo a él y sin embargo no lo oigo. Ya no hay presente; sólo el resplandor del pasado, que me atrae como la sonrisa de un amante. De forma placentera, me ahogo en ese resplandor. Tira de mí hacia abajo, cada vez más hacia abajo. Estoy en paz, como dice él. Estoy en casa. He regresado... Soy yo y, a la vez, no soy yo.

... seis... cinco... cuatro...

—¿Qué lleva usted puesto?

—No estoy segura. Es algo suave; tal vez algodón. ¿Lino? No, una lana suave. ¿Los pies? Están descalzos.

Estoy con mi gente. Las luces parpadean y se agitan, contagiadas por el movimiento humano; noto su peso en la danza de las sombras y el fuego; la danza me rodea por todas partes. Sí, estoy descalza sobre tierra apisonada. Siento que me levantan hasta el cielo. No, el cielo no. No lo sé... Parece haber brazos por encima de mí...

—¿Brazos? ¿Brazos humanos?

—No, no. Aunque también hay brazos. ¡Árboles! Son las ramas de los árboles. Están por encima, muy cerca, y sin

embargo no lo están... junto a mí, muy cerca. Hay otros en torno a mí... están salmodiando... espere, no: están cantando. ¡Oh, qué canción! ¡Qué cantores! ¿Qué voces celestiales cantarían tan dulcemente y, a la vez, con tanta tristeza? Los ángeles deben de estar llorando de envidia. Espere un momento. Espere... yo conozco este canto... ¡Yo lo conozco!

Espere, espere... sí. ¡Sí! Claro... «Yo soy tu puerta, Señor. Ábreme y déjame volver a casa...».

¡Pues claro que lo conozco! Es la canción de Prisciliano.

Quiero desatar y quiero ser desatado.

Quiero salvar y quiero ser salvado.

Quiero ser engendrado.

Quiero cantar; cantad todos.

Quiero llorar: golpead vuestros pechos.

Quiero adornar y quiero ser adornado.

Soy lámpara para ti, que me ves.

Soy puerta para ti, que llamas a ella.

Tú ves lo que hago. No lo menciones.

La palabra engañó a todos, pero yo no fui completamente engañado...

Ahora sus seguidores somos pocos, cuando en tiempos éramos millares. Estos que cantan y danzan en torno a mis brazos extendidos son mis hermanos, mis hermanas. Los que aman a Prisciliano, que yace enterrado en medio de nosotros. Y también siento el respaldo de las almas de quienes partieron hace mucho tiempo; sus cuerpos están dispuestos en torno a esta colina, este bosquecillo, esta casa hecha del granito de la querida Galicia, esta tumba de mármol de Alejandría, escondida a las miradas hostiles de quienes no comprenden.

La ceremonia ya ha terminado. Deposito, como en una cuna, el libro sagrado en sus envoltorios de cuero. Vuelvo a colocarlo en su caja, dentro de la piedra de donde lo he

sacado esta vez y antes, —siguiendo el ritual de quienes lo hacen así desde el día en que Galla, su hija, y sus fieles seguidores trajeron a nuestro maestro hasta este lugar—, sus seguidores que también yacen dormidos aquí junto a él. La noche de amorosa oración toca a su fin, las antorchas se han apagado, —las canciones también se guardan en secreto. Ya no nos atrevemos a cantarlas abiertamente.

Espera... ¿Qué es este alboroto? Yo conozco a esta muchacha, la hija de Hilderico. La traen hasta mí. Tienen el rostro desencajado de inquietud. Los demás me hacen gestos mientras señalan más allá del bosque con manos y ojos desesperados. Ella habla demasiado rápido.

—La muchacha ha pasado por la choza de Pelayo el pastor, muy cerca, no hace ni un momento.

—¿Pelayo? ¿El ermitaño? No nos hará nada; le dan demasiado miedo los fantasmas. No se acerca por aquí.

—¡Pelayo no! —Habla la muchacha, casi sin aliento a fuerza de correr—. ¡Los jinetes! Hombres del obispo o del rey. No sé de cuál. Son dos, quizá tres. Los trae él. ¡Que vienen! ¡Rápido! ¡Debéis huir todos! No hay tiempo que perder. Nuestro secreto ya no es un secreto...

—Cinco... cuatro... tres... dos... uno. ¡Despierte!

La segunda

—Estoy sola. Una tela. Estoy envuelta en ella. Me cubre de la cabeza a los pies. No, áspera no, pero tampoco suave. Es una sencilla túnica, por llamarla de alguna forma, hecha de un tejido casero, corriente, pero limpia. ¿Cómo voy a saberlo? No sé. No, un ataúd no. Estoy de rodillas. Espere un

momento; ¿un ataúd? ¿Un féretro? Está frío al tacto. Sí. No... es una especie de tumba, hay paredes a mi alrededor y... no sé; otra vez paredes, más allá. Estoy metida en una especie de edificio, ¿una iglesia, quizá? No es el traje de un campesino. ¿Un hábito? Sí, justo eso es. Es un hábito de monje, y soy un monje. Tengo los pies envueltos en fieltro y tiras de cuero. El aire que atraviesa la lana es frío, tengo las rodillas entumecidas, me duelen. Pero no pienso moverme.

No pienso moverme de aquí. Dicen que él es espantoso y sobrecogedor. Dicen que se eleva hasta el cielo. Dicen que hasta su aliento petrifica o abrasa, como los dragones de antaño. No diré que no me dé miedo, pues temo por mi vida como cualquier mortal. Pero permaneceré junio a mi maestro. Es mi sagrado deber, no el deber que los hermanos creen que cumplo. Esto es distinto. Un secreto que solo yo conozco, transmitido a través de los tiempos de un elegido a otro. Ya hay muy pocos que sepan siquiera de su existencia.

En torno a este mausoleo las paredes de la iglesia están grabadas a fuego, un fuego que sube arqueándose y agarra el cielo y tira de él hacia abajo, tan fuerte que no recuerdo si es de día o de noche. Sin duda ha reducido a la nada el pequeño poblado de Compostela. Los vecinos e incluso mis propios monjes no esperaban menos de *Almanzor: Al-Mansur*, el conquistador de Córdoba. Sabíamos que vendría. Sabíamos que venía. Quienes tenían bienes que salvar huyeron hace días, cuando recibimos la noticia. Quienes no tenían nada se quedaron el tiempo suficiente para saquear el resto, incluso las gallinas o la ropa andrajosa enganchada en el seto, dejada allí en el vendaval del pánico al moro y a su ejército. Dudo de que mis monjes fueran más inocentes que los demás. Después de todo, no fueron los últimos en marcharse. ¿Qué quedaba de su fe? No me corresponde a mí juzgarlos. Este miedo es el miedo del diablo, en quien, a mi manera, sí que creo.

Ahora quedamos dos. Uno aún está vivo, aunque no es probable que sea durante mucho tiempo más. El otro lleva muerto seiscientos años.

Hay fuego en lo alto. El resto del tejado ha prendido. Dentro del mármol de este santuario estoy a salvo, aunque no a salvo del humo, que sin duda no tardará en vencerme.

Aquí llega él. Atraviesa a caballo la entrada de la iglesia, sin hacer caso al pavoroso incendio que tiene por encima y a su alrededor. Se detiene en la cabecera del presbiterio; se desvía a un lado para que su gigantesco corcel de guerra beba el agua bendita de la pila bautismal. ¡Oh, sacrilegio! Pero no importa, pues se bendijo en nombre del apóstol Santiago y el espíritu de éste no se encuentra aquí. Está a muchas leguas de distancia, en Jerusalén, donde le quitaron la vida hace muchísimo tiempo. Jamás ha estado aquí, por mucho que se haya dicho otra cosa en nombre de la victoria y del poder.

Almanzor se acerca. Es demasiado tarde. Estoy perdido. Sólo tengo una esperanza...

Por favor, amado Señor de la Verdad, sálvame y salva los restos mortales de tu siervo, Prisciliano.

—¡Fuera de aquí! —le grito, fingiendo un valor que no tengo—. Estos no son los huesos del que buscas.

—¿Qué estupidez es ésta?

No es alto como una montaña. Pero aunque va a caballo veo que es más alto que yo, me saca una cabeza o más. Su mirada no es la de un hombre enloquecido por las ansias de sangre, —es calculadora y fría. Es la mirada de un hombre que sabe que ha conseguido lo que se había propuesto hacer. Casi. Solo yo me interpongo en su camino. Y sí que me interpongo, levantándome con movimientos rígidos de mi vigilia ante el sarcófago—, me tambaleo y consigo sujetarme apoyando una mano sobre el mármol, de un rosa pálido. Lo miro a los ojos, yo, sencillamente Pedro, obispo del santuario de Santiago de Compostela, y recito:

—«Sí estás atento y vigilante, verás a cada momento la respuesta a tus acciones. Mantente atento si deseas tener un corazón puro, pues hasta la más pequeña acción trae como consecuencia que algo nazca de ti».

Se detiene. Se queda paralizado. Desde su elevada posición sobre el caballo dice:

—¿Conoces las canciones del Mirlo?

—Abu al Hasan Alí ibn Nafi al Ziryab. Claro que sí. Mi maestro Prisciliano nos invitó a leer las sagradas escrituras de todos los mundos. Como es natural me instruí en los grandes poetas del islam. ¿Acaso no procedían de Oriente las enseñanzas de mi maestro, quizá del mismo lugar que tus antepasados? Desde luego, sus grandes palabras e ideas no eran tan diferentes de las tuyas. Y no lo son.

—¿Quién es ese maestro tuyo? —Almanzor ha guiado el caballo hasta situarse entre donde yo estoy de pie, aunque tembloroso, y el sarcófago—. Quiero conocerlo. Tráemelo antes de que acabe este día.

—Ah, ojalá pudiese, Magnífico —contesté—. Pero en este instante tu caballo se apoya en su cuerpo.

—... Cinco... cuatro... tres... dos...

¡No! ¡No... espera! Hay más. ¡Tengo que quedarme aquí...! ¡No!

—Uno.

—¡Despierte!